

Tópicos

Manuel Campa

“Iba un español en un avión...” Hubo un tiempo en que abundaban los chistes que incluían: un alemán, un francés, un inglés y un español, que, con su capacidad de improvisación, salía siempre bien parado. Era la época del aislamiento del país, de la autarquía política y moral. En cuanto los españoles comenzaron a viajar por Europa, se acabaron los chistes sobre los caracteres nacionales, tal vez porque dejaron de ser creíbles. Sin embargo, todavía, con alguna frecuencia, se dan casos en que los baturros resultan tercos, o los asturianos, vanos. En la reciente tragedia de las Torres Gemelas de Nueva York, entre los pocos supervivientes, figuran dos españoles, cuya actuación parece sacada de uno de aquellos textos sobre los caracteres regionales. Un paisano de Curro Romero, que se hallaba trabajando en una de las torres, vio algo que él interpretó como de mal fario, y se dijo: me voy a hacer una llamaíta por teléfono, y se salió del edificio instantes antes de que éste se desplomara. Posiblemente, hay en la decisión de ir a llamar, en el momento oportuno, la memoria de un pueblo de los más viejos de Europa, que ya vio caer muchas torres, si no más altas, sí más hermosas. Un pueblo, cuya cultura tradicional no gusta tanto de gestas heroicas como del refinamiento de una vieja sabiduría, una de cuyas máximas es: o te quitas tú, o te quita el toro.

Pero, si es digna de asombro la ocurrencia de un andaluz de salir a realizar una llamada telefónica en el momento preciso, no menos admirable resulta la aventura de un gallego, que se hallaba –cuando chocó el primer avión- en el piso 112 del edificio sur, dándole a la brocha. Este orensano, de unos cincuenta años, mostró una clara determinación de abandonar, de inmediato, las alturas, en contra de la opinión de quienes lo acompañaban. Seguramente, se le vino a las mientes, repentinamente, toda la experiencia acumulada, desde que, de niño, anduvo a cerezas y a figos, a pescos y a peras. Incluso es probable que el pintor orensano luzca alguna cicatriz en la cabeza, o escalabrón, a modo de medalla, por haberse caído de algún árbol. Todavía hay gente que se sorprende de la segunda estrofa del himno de Asturias, como si subirse a los árboles no fuera, en los niños campesinos asturianos, un aprendizaje tan temprano como empezar a caminar. El pintor gallego, de brocha experimentada, dijo para sí: “¡Ay, Sálvora! ¡Pes, pra qué vos teño!” Bajó unos pisos volando; después tomó dos ascensores, sucesivamente, y, desde la planta 48, se deslizó por la escalera en un santiamén. Cuando puso os pes na rúa, aún pudo contemplar, con horror, el choque de otro avión con la segunda torre. Hay que ver cuánto había aprendido, andando a cerezas, cuando sólo era un humilde neno labrego.